

## HACIA UNA LITERATURA MÁS PIMPANTE Y MENOS RIMBOMBANTE

Marisa Pérez

Escuela 9-002 Normal "Tomás Godoy Cruz". Nivel Superior.

La literatura para niños y jóvenes comienza como tal desde hace muy poco tiempo<sup>1</sup> ya que responde a un cambio muy importante dentro de la sociedad, aquel momento en que se consideró a los niños y jóvenes como seres con su propia impronta y no como adultos pequeños. Ligado a este hecho aparece la idea de la escuela como centro de educación para muchos, y la literatura pasa a cumplir un papel específico: trasladar a las nuevas generaciones el modelo social imperante dentro del modelo educacional. La literatura infantil y juvenil, fue considerada en esa época el mejor medio de domesticación política, moral, religiosa y pedagógica.

En cambio, en la actualidad se superponen las consideraciones entre una literatura interesada y una interesante. La transformación de los prejuicios o pretextos acerca de las publicaciones para niños y jóvenes van dejando atrás ese viso didactista y utilitario con cierta lentitud, pero cada día se ve más cercano el ideal de una literatura despojada de utilitarismo.

Desde los años setenta en Argentina, un grupo de intelectuales, estudiantes de letras y docentes, generó una línea de crítica y acción a favor de la autonomía artística de la literatura. Voy a hablar acerca de una de esas escritoras, mentes brillantes que siempre bregaron por dignificar la LIJ (Literatura Infantil y Juvenil):

María Teresa Andruetto, escritora, ensayista, catedrática, crítica literaria, una de las fundadora del Centro de Difusión e Investigación de Literatura Infantil y Juvenil (CEDILIJ) en Córdoba, Secretaria de redacción de la revista especializada "Piedra Libre" y miembro del Programa para la lectura (PROPALÉ); obtuvo numerosos premios internacionales como escritora<sup>2</sup>. En su intensa carrera, muchas veces propuso una

---

<sup>1</sup> Como género específico la LIJ comenzó a fines del siglo XVII con los *Cuentos de mamá Oca*.

<sup>2</sup> Al momento de publicación de la presente comunicación, se informó que María

visión de la literatura como la última experiencia de libertad. Leer sin prejuicios para revelar los sentidos de la obra como si de sacar velos se tratara, y también como medio para rebelar (se) en contra de la opresión y la censura. Censura que no siempre se manifiesta abiertamente, sino que muchas veces está en una omisión, en un cajón cerrado, en la falta de crítica. “Revelación y Rebelión” (Andruetto, 2009: 31-44) es su propuesta. Expondre-mos aquí algunas de sus convicciones.

En primera instancia, la cuestión es propiciar para los lectores oportunidades de experimentar con esos mundos paralelos al mundo, especialmente a los lectores nóveles. Incluir en esta práctica a los niños pero sin excluir a los adultos. Dar la oportunidad de degustar textos de calidad, textos artísticos que los envuelvan y desarrollen en ellos otras áreas de goce estético. Del mismo modo que damos por sentado que sucede en la literatura para adultos o la literatura sin atributos, parafraseando a Saer (1988).

Existe un gran peligro en catalogar a la literatura *a priori* “para niños” o “para jóvenes” porque la capacidad evocadora del texto, su esencia estética, su particular condición lúdica, que provoca al lector joven, primerizo, no proviene de su condición de adaptabilidad a la edad de su destinatario sino a su misterio artístico. Y esta condición debe ser abarcadora y contenedora. Opuesta a los intereses de las productoras de libros adocenados, de los guetos de escritores a pedido, de las políticas de educación adoctrinadoras.

Tanto los críticos literarios, los investigadores, los escritores y los docentes - estos últimos, a veces, no toman verdadera conciencia de qué y cuánto de críticos tienen – somos mediadores en la difusión de la cultura, y como tales, seleccionamos lecturas recomendables, es decir que en esa distinción evidenciamos un criterio. Y es curioso saber que ese criterio, en muchos casos, contempla obras o autores catalogados como “imperdibles” y que sin embargo, dejan afuera a muchos de nuestros alumnos, lectores hambrientos y perspicaces, que prefieren la recomendación de sus pares, o de

lectores marginales al sistema por ser éstas obras que los conmueven y transforman.

Todos sabemos que cada uno sufre una metamorfosis al salir de la lectura de un libro fascinante, intenso, lúdico. Nadie permanece inmutable a la buena literatura y esta no debe estar en exposición en una vidriera, sino a la altura de la mano del lector.

En la literatura para niños y jóvenes es escasísimo el tratamiento de temas como las desapariciones, la política, la muerte, las malas palabras, el sexo, la guerra, la discriminación, por nombrar algunos de los vacíos. Temas que por otra parte están muy presentes en los programas televisivos, los noticieros, revistas, internet. Es como si existiera la creencia de que si en la literatura no se incluyen estos temas, la obra es más artística o, tal vez, si no se habla de esos temas desaparecerán, como por arte de magia. Pero la magia no parece un tema serio. Y los niños reclaman que se los trate seriamente; los jóvenes buscan la dignidad de elegir lo que muchos mediadores adultos le censuran.

En su libro *Hacia una literatura sin adjetivos*, Andruetto afirma que los lectores reclamamos a través de la literatura una “porción de humanidad” y el escritor tiene la oportunidad de ofrecerla a través de una escena, de sus personajes; podemos verlo en la vieja que ofrece de mala gana un poco de pan a los muchachos que emigran en *Stefano*, o en los miserables arroceros que aparecen en *La camisa del hombre feliz*. Y los lectores vivimos y revivimos la pobreza, la injusticia, el deseo, la esperanza, de la mejor forma: a través del arte.

Y sin embargo, la literatura sin adjetivos, la de calidad, se encuentra en cualquier rincón. Aparece de lo más pimpante en las recomendaciones de boca en boca, en los espacios de internet, en las bibliotecas populares. Y traiciona, en muchos casos, la parafernalia de un canon rimbombante promovido especialmente por las editoriales, los miedos de los docentes, los anhelos moralistas de los padres, y los adoctrinamientos políticos.

Andruetto dice: “La literatura de un país no se hace sólo con escritores, sino también con investigadores, formadores, críticos y se hace sobre todo con lectores que, dialogando con las obras ya escritas, van construyendo obra hacia el futuro. Se

trata de una construcción social.” Y en ese camino nos encontramos hoy.

Nos encontramos aquí hoy para hablar de aquellos críticos y teóricos que nos entregaron nuevos ojos para lo que ya existía, para dar a conocer su magnífica obra de despertares, innovaciones y alumbramientos. Y nosotros, convertidos en renovados Quijotes, seguimos sus instrucciones lúcidas y visiones profundas. También nos contagia su irreverencia y leemos sus vidas como claves de su arte y como espejo de nuestra sensibilidad.

Yo me atrevo a decir que un crítico se vuelve clásico cuando las generaciones de los hombres lo defienden con misteriosa lealtad o se oponen con igual fruición. En su libro *Hacia una literatura sin adjetivos*, María Teresa Andruetto nos define la labor de un crítico: “El camino que trazamos sobre la página es el viaje de un deseo: palabra conquistada y a la vez mano extendida, ruego, invitación /.../”. (Andruetto, 2009: 21)

Tomemos la mano extendida que nos ofrecen los críticos que aman la palabra, la invitación de sus comentarios que propician buenos lectores y el ejemplo de su vida al servicio de la literatura que nos inspiran.

### **Bibliografía**

Andruetto, María Teresa (2009). *Hacia una literatura sin adjetivos*, Córdoba, Comunicarte.

Saer, Juan José (1988). *Una literatura sin atributos*, Editorial Universidad del Litoral, Santa Fe.